



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 3 de agosto de 2005

El Señor vela por su pueblo

Queridos hermanos y hermanas:

1. En nuestro encuentro, que tiene lugar después de mis vacaciones, pasadas en el Valle de Aosta, reanudamos el itinerario que estamos recorriendo dentro de la *liturgia de las Vísperas*. Ahora la atención se centra en el salmo 124, que forma parte de la intensa y sugestiva colección llamada "Canción de las subidas", libro ideal de oraciones para la peregrinación a Sión con vistas al encuentro con el Señor en el templo (cf. *Sal* 119-133).

Ahora meditaremos brevemente sobre un texto sapiencial, que suscita la confianza en el Señor y contiene una breve oración (cf. *Sal* 124, 4). La primera frase proclama la estabilidad de "los que confían en el Señor", comparándola con la estabilidad "rocosa" y segura del "monte Sión", la cual, evidentemente, se debe a la presencia de Dios, que es "roca, fortaleza, peña, refugio, escudo, baluarte y fuerza de salvación" (cf. *Sal* 17, 3). Aunque el creyente se sienta aislado y rodeado por peligros y amenazas, su fe debe ser serena, porque el Señor está siempre con nosotros. Su fuerza nos rodea y nos protege.

También el profeta Isaías testimonia que escuchó de labios de Dios estas palabras destinadas a los fieles: "He aquí que yo pongo por fundamento en Sión una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental: quien tuviere fe en ella, no vacilará" (*Is* 28, 16).

2. Sin embargo, continúa el salmista, la confianza del fiel tiene un apoyo ulterior: el Señor ha acampado para defender a su pueblo, precisamente como las montañas rodean a Jerusalén,

haciendo de ella una ciudad fortificada con bastiones naturales (cf. *Sal* 124, 2). En una profecía de Zacarías, Dios dice de Jerusalén: "Yo seré para ella muralla de fuego en torno, y dentro de ella seré gloria" (*Za* 2, 9).

En este clima de confianza radical, que es el clima de la fe, el salmista tranquiliza "a los justos", es decir, a los creyentes. Su situación puede ser preocupante a causa de la prepotencia de los malvados, que quieren imponer su dominio. Los justos tendrían incluso la tentación de transformarse en cómplices del mal para evitar graves inconvenientes, pero el Señor los protege de la opresión: "No pesará el cetro de los malvados sobre el lote de los justos" (*Sal* 124, 3); al mismo tiempo, los libra de la tentación de que "extiendan su mano a la maldad" (*Sal* 124, 3).

Así pues, el Salmo infunde en el alma una profunda confianza. Es una gran ayuda para afrontar las situaciones difíciles, cuando a la crisis externa del aislamiento, de la ironía y del desprecio en relación con los creyentes se añade la crisis interna del desaliento, de la mediocridad y del cansancio. Conocemos esta situación, pero el Salmo nos dice que si tenemos confianza somos más fuertes que esos males.

3. El final del Salmo contiene una invocación dirigida al Señor en favor de los "buenos" y de los "sinceros de corazón" (v. 4), y un anuncio de desventura para "los que se desvían por sendas tortuosas" (v. 5). Por un lado, el salmista pide al Señor que se manifieste como padre amoroso con los justos y los fieles que mantienen encendida la llama de la rectitud de vida y de la buena conciencia. Por otro, espera que se revele como juez justo ante quienes se han desviado por las sendas tortuosas del mal, cuyo desenlace es la muerte.

El Salmo termina con el tradicional saludo *shalom*, "paz a Israel", un saludo que tiene asonancia con *Jerushalajim*, Jerusalén (cf. v. 2), la ciudad símbolo de paz y de santidad. Es un saludo que se transforma en deseo de esperanza. Podemos explicitarlo con las palabras de san Pablo: "Para todos los que se sometan a esta regla, paz y misericordia, lo mismo que para el Israel de Dios" (*Ga* 6, 16).

4. En su comentario a este salmo, san Agustín contrapone "los que se desvían por sendas tortuosas" a "los que son sinceros de corazón y no se alejan de Dios". Dado que los primeros correrán la "suerte de los malvados", ¿cuál será la suerte de los "sinceros de corazón"? Con la esperanza de compartir él mismo, junto con sus oyentes, el destino feliz de estos últimos, el Obispo de Hipona se pregunta: "¿Qué poseeremos? ¿Cuál será nuestra herencia? ¿Cuál será nuestra patria? ¿Cómo se llama?". Y él mismo responde, indicando su nombre -hago mías estas palabras-: "Paz. Con el deseo de paz os saludamos; la paz os anunciamos; los montes reciben la paz, mientras sobre los collados se propaga la justicia (cf. *Sal* 71, 3). Ahora nuestra paz es Cristo: "Él es nuestra paz" (*Ef* 2, 14)" (*Esposizioni sui Salmi*, IV, *Nuova Biblioteca Agostiniana*, XXVIII, Roma 1977, p. 105).

San Agustín concluye con una exhortación que es, al mismo tiempo, también un deseo: "Seamos el Israel de Dios; abracemos con fuerza la paz, porque Jerusalén significa visión de paz, y nosotros somos Israel: el Israel sobre el cual reina la paz" (*ib.*, p. 107), la paz de Cristo.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de España y Latinoamérica, especialmente a las Hijas de la Pasión, a los miembros de Schönstatt y Regnum Christi, así como a los fieles de Chile, México y Perú. Confiados en el Señor, desead la paz, anunciad la paz, construid la paz. Sois el pueblo del Señor y vuestra paz es Cristo.

(A los grupos de jóvenes procedentes de Brasil)

El clima de oración de este encuentro nos estimula a vivir serena y confiadamente, con la certeza de que Cristo, "nuestra paz", vive con nosotros y por nosotros. Saludo con especial afecto a los peregrinos de lengua portuguesa aquí presentes, y en particular a los que vienen de Portugal, así como a un grupo de jóvenes del movimiento de Schönstatt y a otro proveniente de Sao Paulo (Brasil). Abrazo a todos con particular simpatía y, al renovar mi invitación a encontrarnos en Colonia para la Jornada mundial de la Juventud, imparto de corazón mi bendición apostólica.

(A los peregrinos polacos)

Mañana es la memoria de san Juan María Vianney, párroco de Ars. Por su intercesión pidamos a Dios muchos y santos sacerdotes, pues la Iglesia hoy tiene mucha necesidad de ellos. Dios os bendiga.

(En italiano)

Me dirijo, finalmente, a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados. La liturgia recuerda mañana a un sacerdote muy amado por sus contemporáneos: san Juan María Vianney, el santo cura de Ars. Queridos hermanos, que su ejemplo sirva a todos de estímulo e impulso para corresponder generosamente a la gracia divina.